

los amigos de Pompeyo, tanto mas, cuanto por su orden habia sido degollado en Antioquia su hijo Alejandro.

Antipatro se atrae el afecto de César; logra el título de procurador general de la Judea, y hace gobernador de Jerusalem á su hijo Faselo, y de Galilea á su hijo Herodes.

Al punto que supo Antipatro la muerte de Pompeyo asesinado por Tolemeo en Egipto, llevó socorros abundantes á César, y consiguió de él la misma estimacion que le habia dispensado Pompeyo. Las distinguidas pruebas de valor que Antipatro dió en la batalla que facilitó á César la conquista de Egipto, le merecieron el honor de ciudadano de Roma y el título de procurador general de Judea. Antipatro, rodeado de honor y revestido de autoridad, volvió á Jerusalem con Hircano, á quien llevaba siempre al frente, y á quien regalaba las honras, reservando para sí el poder. Entonces fué cuando se aprovechó de la division que Gavinio habia hecho en la Judea de toparquías ó gobiernos. Dió el de Jerusalem á Faselo, su hijo primero; y á Herodes, que era el segundo, el de la Galilea. Recorrió Antipatro la Judea con Hircano, como si fuera sujeto á las órdenes de este pontífice, pero realmente solo iba sujeto á las suyas.

Gobierno arbitrario y cruel de Herodes y muerte de su padre Antipatro.

Herodes, su hijo, obraba en su nuevo gobierno de un modo enteramente arbitrario. Prendió á un tal Ezequías, cabeza de una tropa indisciplinada, y le mandó matar juntamente con todos sus compañeros sin forma de juicio. Esta crueldad dió motivo á los envidiosos de la

fortuna de Antipatro y sus hijos, para acusar justamente á Herodes, citándole ante el sanedrín, ó tribunal de los setenta, presidido por Hircano. Herodes, que habia principiado á dar pruebas de su altivez y crueldad con estas muertes, se presentó, no en el traje de un reo que va á dar cuenta de su conducta, sino vestido de púrpura, y rodeado de una juventud atrevida y armada. Este aparato sobrecogió al tribunal y ninguno se determinaba á acusarle, hasta que Sameas, hombre respetable por su saber y su integridad, se levantó, é hizo cargo á Herodes, no solo de la maldad que le traía ante el tribunal, sino tambien de su atrevimiento en comparecer en él, como quien viene á desafiar á los jueces, y concluyó diciendo: Lo que me pasma es que te sufran el sanedrín y el pontífice; pero Dios no es menos poderoso que justo, y tiempo vendrá, dijo á los jueces, en que este mismo Herodes, á quien quereis librar por agrandar á Hircano castigue á vosotros y á Hircano. Esta profecía tuvo su cabal cumplimiento, porque habiendo subido Herodes al trono, quitó la vida al gran sacerdote y á todos los jueces, excepto á Sameas, á quien miró siempre con respeto. Por ahora Herodes se retiró con altivez de un tribunal que nada decidió contra él. En este tiempo Malco, recaudador de los caudales de la Judea, lleno de envidia al ver la felicidad de Antipatro, ganó al copero de Hircano, y logró que le diese veneno en la mesa del pontífice. Antipatro murió envenenado el año de treinta y nueve antes de Jesucristo: no tardó mucho en pagar esta muerte Malco, porque Herodes le hizo matar á puñaladas al lado mismo de Hircano.

Los Partos colocan á Antigono en el trono de Jerusalem y se llevan prisionero al príncipe y pontífice Hircano. El senado romano da á Herodes el título de rey de los Judíos.

El año treinta y dos del pontificado de Hircano, solicitados los Partos por Antigono, hijo menor de Aristóbulo, el hermano de Hircano, invadieron la Judea, tomaron prisionero al pontífice y á Fасelo, hermano de Herodes y gobernador de Jerusalem, y colocaron en el trono á Antigono que reinó por tres años. Luego que Antigono tuvo en su poder á su tío Hircano, mandó que le cortasen las orejas para que no pudiese volver á ejercer el ministerio, y este desgraciado anciano mutilado y afeado, fué llevado al fin prisionero por los Partos. Fасelo, temiendo que le diesen tormento y no teniendo libres las manos, se mató, dándose de cabezadas contra una piedra. Herodes pudo librarse de los Partos y huyó á Roma, aunque era el rigor del invierno. Allí se presentó al senado, expuso sus trabajos y peligros, y con su elocuencia, su dinero y sobre todo con la proteccion de Antonio, consiguió mucho mas de lo que intentaba. Eran los deseos de Herodes derribar del trono á Antigono y colocar en él, no ya á Hircano mutilado y cautivo, sino á Aristóbulo, hermano de su querida Mariamne, para gobernar bajo de su autoridad, como lo habia hecho su padre Antípatro, bajo la de Hircano; pero el senado no pensaba como Herodes. Tu reinarás, le dijo, y le constituyó rey de los Judíos.

Profecia de Jacob.

No será quitado el cetro de Judá, habia dicho Jacob al morir, ni de su muslo el caudillo, hasta que venga El que ha de ser enviado, y Este será la expectacion de

las gentes. Aquí tenemos ya arrebatado el cetro de Judá por Herodes, y á Judá sin caudillo de su descendencia. Por consiguiente el esperado por cuarenta siglos se acerca. Treinta y cuatro años solamente separan ya al Redentor de sus redimidos. El Mesías toca ya á las puertas de los que con tanta ansia le esperan; Joaquin y Ana van á dar al mundo á María, la criatura mas preciosa y feliz del universo. En el seno de esta santísima Virgen va á correr la sangre de que se ha de formar un cuerpo apropiado al Hijo de Dios hecho hombre. El Hijo del eterno Padre va á encarnar en las entrañas de María santísima y de su purísima sangre. Los tiempos se apresuran, se abrevian, y el hombre va á ver al Hijo de Dios humanado y á conversar con él. ¡Feliz cercanía que adoran los ángeles, que piden los justos, que esperan los pecadores!... Pero no adelantemos la celebracion de tantas felicidades. Esperemos un momento al Hijo del eterno Padre, que baja del cielo á encarnar en la tierra.

Herodes ayudado de los tropas romanas toma á Jerusalem, y Antigono es decapitado.

Luego que Herodes fué declarado rey de los Judíos, salió de Roma para Tolemaida, donde tomó de auxiliares las tropas romanas que mandaba Silon para ir contra Antigono. Se dirigió á Jerusalem, pero habiendo hallado cerradas la puertas, le fué preciso acuartelaras y pasar el invierno en sus cercanías. El año siguiente se pasó en continuos combates entre Herodes y Antigono, siendo comunmente favorables al primero. El año tercero se principió ya el cerco de la ciudad, y como se dilatase, Herodes pasó á Samaria y se casó con la hermosa Mariamne, hija de Alejandro, y de su mujer Alejandra, y nieta del sumo pontífice Hircano, con la que no estaba mas que desposado. Celebrado el matrimonio y concluí-

das las bodas, Herodes se volvió al ejército, llevando nuevas tropas, y habiéndosele reunido las de Sosio, general de la Siria y Cilicia, activó tanto el cerco, que á los cinco meses fueron asaltados los primeros muros y poco despues los segundos. Entonces, Antígono se encerró con los suyos en el templo, donde se sostuvo algun tiempo; pero tomado este, Antígono se vió precisado á bajar de la torre en que se habia refugiado y á entregarse al general Sosio, quien le puso en custodia con la intencion de llevarsele á Roma para adornar el triunfo de las armas romanas. Entonces Herodes, temiendo que el senado le diese libertad, y tal vez, atendidos sus derechos, le restableciese en el trono, solicitó y alcanzó del consul Antonio, que le decapitase en Antioquía, adonde habia sido trasladado.

La nacion resiste hasta treinta y un años á la soberanía de Herodes.

Deshecho Herodes de Antígono, ya no temió que los príncipes de Judá volviesen á sacar el cetro de su mano, porque apenas quedaba alguna otra reliquia espirante de esta descendencia real. Sin embargo, la nacion resistió hasta treinta y un años á la soberanía de Herodes, porque siendo un extranjero, no debia ocupar el trono de Judá. En este tiempo Herodes, queriendo congraciarse con los Judíos y conseguir que le reconociesen por su rey, no solo reedificó los muros de Jerusalem, que habian derribado las guerras, sino tambien el templo; y lo hizo con una magnificencia que, segun algunos, el templo quedó tan hermoso como habia estado en el tiempo de Salomon. Ocho años empleó en estas obras; pero no pudo conseguir con tan cumplidos obsequios que la nacion le reconociese, ni que dejase de resistirle, con lo que Herodes la cobró grande odio y particularmente á la descendencia de la casa real.

Herodes hace morir á Hircano, y á toda la descendencia real que descubre. Quema los libros de sus genealogías; deshace el Sanedrin de la Judea y mata á sus jueces.

En el año veinte y seis de su ilegítimo reinado, vino el sumo pontifice y príncipe real Hircano, despues de haber sufrido una larga prision entre los Partos. Se hallaba ya este venerable anciano en edad de mas de ochenta años, y deseaba dar el último á Dios á la tierra de los patriarcas y dejar en ella sus huesos. Esperaba encontrar en Herodes el buen recibimiento que exigia la amistad y los grandes servicios que habia hecho á su padre Antipatro y á él mismo; pero Herodes no conocia amigos y bienhechores, y el infeliz Hircano solo encontró la indiferencia al principio y poco despues la muerte. Era Herodes sumamente caviloso, suspicaz y espantadizo, y como supiese que se daba á Hircano el tratamiento de príncipe y sumo sacerdote, como antes de su destierro, luego le mandó matar y desde este tiempo ya no perdía ocasion de deshacerse, bajo de cualquier pretexto, de todas las personas que traian su origen del linaje real de Judá. Hizo ahogar á Aristóbulo, hermano de su amada Mariamne, mató á esta y á su madre Alejandra; y mandó decapitar á Aristóbulo y Alejandro, hijos de Mariamne, y á cuantos descubrió del linaje real. Bastaba que cualquiera fuese afecto á este linaje para sufrir el despojo de los bienes y la muerte. Hizo llevar á su tesoro las preciosidades de las casas mas opulentas del partido de Antígono; confiscó los bienes de cuarenta y cinco ricos del mismo partido; les quitó la vida, y puso guardias á las puertas de sus casas, para que registrasen las cajas de los cadáveres en busca de dinero; y á fin de borrar de todo Israel el nombre de Judá, hizo quemar todos los libros de las genealogías reales, que se custodiaban en el tesoro del templo. El año treinta de su reinado tiránico abolió el sanedrin y quitó la vida á los setenta jueces

que le componian, acabando con esto de cumplir el anuncio de Sameas, que habia hecho á este famoso tribunal : que Herodes, á quien perdonaba, acabaria con él y con su presidente Juan Hircano.

Los Judíos reconocen á Herodes por su rey, y este reconocimiento es una señal de la próxima venida de Jesucristo.

Cansados los Judíos de ver tantas atrocidades ejecutadas por Herodes, y de presenciarse tantas muertes de las personas mas principales de la nacion, vinieron á rendirse, despues de treinta y un años de resistencia ; consintieron en que reinase Herodes y su descendencia en Judá, y prometieron fidelidad y obediencia, no solo á Herodes, sino tambien á sus descendientes. Hecho este reconocimiento, reinó Herodes los seis años que le restaban de vida, sin que los Judíos tratasen de reconquistar su reino ; y este fué el tiempo en que, arracando el cetro irrevocablemente de las manos de Judá, y no ocupando ya el trono un príncipe de su descendencia, debia nacer Jesucristo nuestro Bien.

La purísima Virgen nace de los castísimos san Joaquin y santa Ana.

Joaquin, de la tribu de Judá y de la descendencia de David, tenia como unos veinte años de edad, y se casó con Ana de diez y seis, y de la misma tribu y descendencia. Despues de haber vivido muchos años estos virtuosos esposos en su matrimonio sin tener hijos, les concedió el Cielo una hija, fruto hermoso de sus votos. Es una tradicion muy venerable que el arcángel san Gabriel anunció á estos santos esposos, que tendrian una hija, y que les mandó que la pusiesen por nombre María. Nació en efec-

to esta niña incomparable el dia ocho del mes de setiembre del año del mundo tres mil novecientos ochenta y cuatro, y recibió el nombre de **MARÍA** segun el mandato del ángel. Vió la luz del mundo esta preciosísima niña en Nazareth, y su nacimiento causó al Cielo un gran regocijo, de que no participó entonces la tierra por ignorarle. Desde el primer instante de su purísima concepcion la miraron los ángeles como hija primogénita del Omnipotente, Reina del cielo y Soberana del mundo ; pero los hombres, de quienes habia de ser madre y mediadora, no la distinguieron de las demás hijas de Israel. Cuando llegó el tercer año de su edad, en que, segun costumbre, se destetaban los niños en el pueblo de Dios, sus padres la presentaron al Señor en su santo templo y la ofrecieron, en cumplimiento de su voto, á su santo servicio. La santísima Niña, cuya razon se habia adelantado á la edad, ofreció al Señor un sacrificio mucho mas agradable que el de Isaac : el de su virginidad...

Descendencia de María santísima y san José de la estirpe real de David.

Pero dejemos á esta santísima Virgen viviendo y creciendo, como otro Samuel, en las santas mansiones del templo del Señor, y pasemos á Nazareth, ciudad pequeña de la tribu de Neptali en Galilea. Allí encontraremos el varon justo que el Señor habia destinado para esposo de la santísima Niña ; este era José. Habia reunido en Nazareth su divina providencia las dos ramas reales de la casa de David. José hijo de Jacob, nieto de Matan, y descendiente de Zorobabel por *Abiud* su primer hijo, formaban la una ; y Heli ó Joaquin, hijo de Matat, nieto de Leví, y descendiente tambien de Zorobabel por *Rezas* su hijo segundo, formaban la otra ; y de Joaquin era hija la santísima Virgen. No se hace aquí sino compendiar la descendencia de la santísima Virgen y san José de la estirpe

de David, porque su entera insercion pertenece al nuevo Testamento, donde la escriben los sagrados Evangelistas.

Ocupacion de san José.

Por ilustre que fuese la ascendencia de José, sin embargo, él vivía al uso de su nacion. Como el ejercicio de las artes nada rebajaban en ella, ni de la nobleza, ni de la grandeza, se cree que José ejercía en Nazareth, una de ellas, y que era la de carpintero. José vivió mucho tiempo sin tomar estado, segun acostumbraban sus padres desde la cautividad de Babilonia, y luego que Joaquín y Ana tuvieron una hija, vió en ella una parienta que las disposiciones de la ley le daban por esposa. Era una costumbre en Israel, que podia llamarse ley de nacion, no dejar de casarse con el fin y deseo de que descendiese de su sangre el Mesías, y pocas personas dejaban de hacerlo sin grandes motivos. Por otra parte la esterilidad de los matrimonios se miraba como una ignominia, y las personas que sin motivo dejaban de casarse, participaban de esta ignominia.

Voto de perpétua virginidad hecho por Maria santísima.

La santísima Niña vivía en unos tiempos y en una nacion que profesaba estas ideas, y los sacerdotes del Señor, en cuyo templo se habia criado y vivía, pensaron, á falta de sus padres, en darla estado, y nada dudaron de que debían darla por esposa á José, primer acreedor, no solo por la ley sino tambien por sus prendas personales. Nadie, sino Dios, supo el voto de virginidad perpétua que habia hecho la purísima Niña hasta que la anunció el arcángel san Gabriel que tendría un hijo, y se vió precisada á hacerle presente su voto, y aun entonces solo tuvo noticia de él un arcán-

gel; así es que nadie se opuso á la celebracion de este desposorio admirable, ni la misma santísima Virgen, á quien comprometía; porque puesta en las manos de Dios, esperó llena de confianza que su divina providencia dispondría las cosas de modo que nada padecería su virginidad. La santísima Virgen se desposó con el castísimo José, que tambien habia hecho voto de virginidad, y este fué el primer matrimonio que vió el mundo de dos esposos consagrados á Dios por voto perpétuo de virginidad.

Preparaciones inmediatas para la venida del Hijo de Dios.

Todo, pues, estaba ya preparado para recibir al Hijo de Dios, cuya venida se esperaba hacia cuarenta siglos. Ya la Virgen, de quien nos habia dicho el profeta Isaías que concebiría y pariría un hijo sin dejar de ser virgen, tenia preparado su purísimo seno para que tomase en él y de él carne humana. Ya el Hijo de Dios iba á bajar de la diestra de su eterno Padre á encarnar en el seno de la santísima Virgen por obra del Espíritu Santo, y á hacerse hombre sin dejar de ser Dios. Ya en fin, el hombre Dios iba á ser visto en la tierra y conversar con los hombres, como lo tenia prometido por su profeta Baruc, á predicar á los hombres el reino de Dios, y á redimirlos á precio de su santísima sangre. Treinta y tres años se habian decretado en los consejos eternos para esta inmensa obra, y cuando se hubieron cumplido, el hijo de Dios hecho hombre murió en cuanto hombre, resucitó en cuanto hombre, y volvió á sentarse á la diestra de su eterno Padre, de donde habia venido... Pero esto ya pertenece á una historia sin comparacion mas elevada que la que hemos venido escribiendo hasta aquí. Ya no pertenece al antiguo Testamento, sino al nuevo. Pertenece á la historia del Hijo de Dios hecho hombre, y esta historia apenas tiene semejanza

con la que dejamos escrita (ni en la grandeza de los hechos, ni en la santidad de los dogmas, ni en la profundidad de los misterios). Ya no son los patriarcas á quienes el historiador debe seguir en sus continuas peregrinaciones; ni un pueblo escogido por Dios, á quien debe pintar en su esclavitud en Egipto y en su viaje á la tierra prometida, en cuyo viaje las ingraticudes del pueblo quisieron, al parecer, exceder á los portentos que el Señor obraba en su favor. Ya no es la conquista de la tierra patriarcal, prometida á este pueblo escogido, y verificada de un modo tan prodigioso por los Josués y demás jueces de Israel; ni son las peleas, los combates, las derrotas y las victorias de los reyes de Israel y de Judá, ora entre sí mismos, ora con las naciones extranjeras; no son los lagos de sangre que hemos tenido que describir, por no faltar á la verdad de la historia y fidelidad de historiador; no son ya en fin las virtudes de los profetas y amigos de Dios, de las que con tanto consuelo hemos hablado en esta historia, ni los sacrificios y ceremonias de un pueblo escogido para disponer á los hombres á recibir á su Dios hecho hombre; pueblo único entre todos los pueblos del mundo que ya conquistador y ya conquistado nos ha ofrecido alternativamente desgracias que compadecer, y felicidades que admirar, ejemplos que seguir, revoluciones que temer, y grandes sucesos que ordenar y referir, con los que hemos venido santamente ocupados. Ya no es esto lo que ha de llamar la atención del que escriba el compendio de la religion, sacado de los santos Evangelios y demás Libros sagrados que componen el nuevo Testamento.

Cosas mas sublimes deben ocupar sus tareas y cuidados. La caridad de Dios que amó tanto á los hombres, que dió á su Hijo por salvarlos; de aquel Dios Padre, que entregó al Hijo por redimir al siervo; la caridad del Hijo que se humilló hasta hacerse hombre, que nació hombre, vivió hombre entre los hombres, y no hizo sino

bien á los hombres, hasta dar su vida por los hombres, hasta cumplir el gran misterio de la cruz para volverse á su Padre... hé aquí los sublimes asuntos que deben ocupar las tareas y cuidados del que ha de escribir el compendio de la religion, sacado de los Libros santos del nuevo Testamento.

O. S. E. C. A. R. C. S.

FIN DEL TOMO TERCERO.